&ERENDIPIA®

arte

Año II. No. 22. Julio-Agosto 2011. Ejemplar Gratuito.

El arte en estado gaseoso según Yves Michaud

LOS ARTISTAS Y LA MUERTE EN MÉXICO

Mtro. Ignacio Salazar Arroyo

Si le dices: «Vuelve más tarde»,
Se apresurará a llevarte consigo.
Dile mejor: «No estaré en casa hasta los 99 años».
Sengai Gibon (1837)

Aparecen en los billetes mexicanos de quinientos pesos los retratos de Diego Rivera y –en el reverso– Frida Kahlo, y recordamos que en las monedas en papel de otros países, en especial europeos, aparecían antes del Euro, los rostros de científicos, artistas y personajes históricos relevantes en esas naciones.

El billete, en ocasiones, es en sí una obra de arte gracias a su diseño y su compleja composición. Al añadir al papel moneda los rostros de relevantes personajes, encontramos una obra con buena calidad en varios sentidos. En muchas ciudades del mundo, hay salas de conciertos, teatros, bibliotecas, centros

culturales, museos, casas, calles, plazas, monumentos, jardines etc. que tienen los nombres o imágenes de artistas que han destacado por sus significativas contribuciones a las artes en las épocas que les ha tocado vivir. Están a la par de los héroes y libertadores, y crean un conjunto equilibrado de referentes con el fin de incrementar la identidad histórica y la personalidad de esos países.

En México, en raras ocasiones han aparecido artistas en sus monedas, tal vez, es la primera vez que esto sucede. En relación con otros personajes que han contribuido a la creación de la Nación, el número de artistas es muy reducido, así que Rivera y Kahlo vienen a ser lo que parece un extraño caso de reconocimiento.

¿Qué sucede con los miles de creadores que, a lo largo de los últimos siglos, han realizado importantes obras y al morir desaparecen con su arte? Simplemente, no existieron. Tal vez hubo varias Sor Juanas, muchos talentosos arquitectos, grandes músicos, dramaturgos, fotógrafos, poetas... incontables artistas que se desvanecieron entre el anonimato y el tiempo.

Cabe preguntarnos si esto es causa de un infortunio en sus vidas, la respuesta es dolorosa, pero es sí. Una vez más, en buena medida, es responsabilidad de la perniciosa ignorancia de los gobernantes y administradores de la educación y la cultura, quienes a través de décadas, cegados por la ilusión de sus efímeros poderes, no supieron de la existencia de las artes y el cuidado de los preciados valores culturales.

Relevantes creadores mueren en México con el dolor que anticipa su desaparición física y la de su obra. Esos artistas que fallecen en el anonimato fueron construyendo, junto con sus obras, anhelos y expectativas con el noble deseo de compartir sus creaciones, y lograr difundir la esencia del espíritu que les impulsó en vida: la construcción de la vital trascendencia que, a través del arte, significa vivir.

El reconocimiento en vida significa una lucha intensa en la etapa creativa; es un fuerte impulso derivado del ego. La obra se crea como un producto del yo y aparece la unidad artista-obra. Al fundirse el creador y su obra en una sola entidad, surge una fuerte

energía cargada de deseos por el reconocimiento de esa unidad, reconocer su importancia y singularidad en un entorno histórico, social y cultural. A la par permean los deseos de fama o fortuna, y estos con el tiempo crecen sin encontrar nunca la satisfacción.

La vida artística aspira a la trascendencia que, después de la muerte, anhela tenga continuidad de lo hecho a través de la sobrevivencia de la obra creada, su difusión y revaloración. Esta ilusión no es particular de los creadores artísticos, yace en el continuo mental de todos los humanos y de todos los tiempos, sin embargo, hay un impulso a considerar la preservación de los bienes culturales y artísticos con el fin de mantener el complejo universo de las civilizaciones para la posteridad.

Morir es el hecho más importante de la existencia, es junto con el nacimiento el complemento de un ciclo que define al universo en todas sus dimensiones. En un lado de la moneda, morir se acerca a la pérdida, en el otro, al renacimiento y sólo queda en el aire la posibilidad de considerar a la muerte como el gran triunfo de la vida o el fin de un trayecto sin huella.

La vida artística es una intricada red de misterios que van llevando a los artistas hacia la plenitud y actualización de todas sus capacidades, por medio de los actos creativos en el transcurso de una vida. Ciertos artistas alcanzan la plenitud de sus realizaciones y su propia vida se transforma en una obra de arte. Aquí se disuelve la dualidad artista-obra de ambas y se crea la unidad.

Vivir el arte es transitar una difusa bruma existencial que camina a través del sueño y la vigilia. Morir creando arte lleva una íntima y silenciosa súplica: aún no, todavía falta mucho por hacer. Todo artista requiere varias vidas para poder crear las infinitas imágenes mentales de las obras que yacen almacenadas y desean salir a la vida. El tiempo de vida acaba y se llega hasta donde había que llegar.

Queda la ilusión del reconocimiento a lo creado y su posible inscripción en la historia del arte. Muy pocos ven logrado, después de la muerte, su testamento artístico; la enorme mayoría desaparece junto con

todas sus creaciones, pero existe la posibilidad de que el tiempo rescate y revalore su vida y obra... raros son los casos.

México ha perdido la oportunidad de reconocer y valorar las magníficas obras de cientos de creadores que, en el transcurso de siglos, han construido el alma del país. La mayoría han desaparecido junto con sus obras y no serán considerados ni revalorados para objeto alguno ni hecho histórico.

Mtro. Ignacio Salazar Arroyo
Escuela Nacional de Artes Plásticas de la
Universidad Nacional Autónoma de México.